

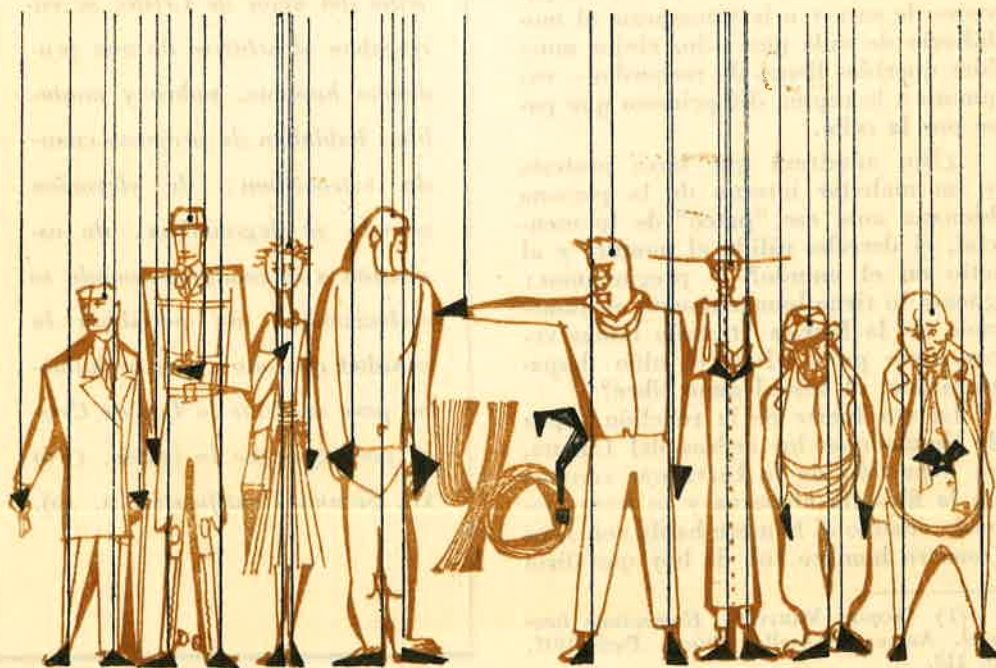
¿ Sería desafortunado considerar la posición en primer plano del problema "Personalidad" como producto reaccionario de las estructuras ambientes de hoy?

Es indudable que psicológicamente y aun estéticamente los rasgos del espíritu humano se sienten magullados por la geología del capitalismo y comunismo. Algo que se impone agobiante, sin remedio, y que aceptamos débilmente como el aire insustituible de nuestros pulmones.

Porque las dos ideas o sistemas que se reparten el patrimonio del mundo trabajan en la totalidad de la vida su elaboración fina y egoística, imponiendo sin más su atmósfera.

Desde pistas de despegue aparentemente distintas —en realidad iguales— han llegado con lógica a las mismas conclusiones. Los caminos pudieron ser diversos, hasta de contraria dirección, pero el espíritu no. Y después de un tremendo viaje se han encontrado frente a frente, llevando en las manos su resultado particular y propio: el egoísmo. Sólo un gran egoísmo que suma millones de pequeños intereses en amplio "laissez faire" aplasta, a su paso vidas, familias, todo el orden social. Irónicamente también libertades. Nace el suburbio inmenso y la miseria impuesta en un "elegante" contrato, irremediable, a la clase obrera, tres cuartas partes de los hombres. Mien-

PERSONALIDAD



tras, una salada marea de dinero llena de sed la vida de los "burgueses". Está dorada la cosecha del capitalismo, sistema de la libertad económica, o, mejor, egoísmo sistematizado de libertad económica.

Quizá redentoramente, como una nueva teofanía liberadora del esclavo, ha querido el comunismo igualar las fronteras del dinero y la vida. Pero ha trasladado el liberalismo egoísta del particular al estado. Esta vez un Yo inmenso del que se benefician con sonora salud los "estatales" (¿hay gran diferencia con el capitalismo?) devora pantagruélicamente inteligencias, intimidad, carne, religión, vida, libertad y amor. Queda establecida la ley férrea del proceso histórico —dialéctico— por la cual se liman las pequeñas particularidades. Proprietarios, gobernantes, políticos, naciones, tratados internacionales, paz, van cayendo conforme lo necesite o exija irremediabilmente ese dios-estado o "Imperialismo ateo-teocrático" según la frase feliz de Maritain (1).

Una horrible servidumbre ajusta al hombre, a la maquinaria; caen las paredes de casa y a la intemperie el mobiliario de cada uno —los viejos muebles queridos llenos de recuerdos— expuesto a la rapiña del primero que pase por la calle.

¿Nos admirará que haya protesta y un malestar interno de la persona humana ante ese "pateo" de lo esencial, el derecho cálido al nombre y al sitio en el mundo? Y preguntamos: ¿acaso lo tiene humanamente el numerado de la fábrica (tratado tantas veces como pura cifra), el niño despa-ternizado, el bestial amor libre?

La voz fuerte de la rebelión capaz de desmedular los cedros del Líbano, en expresión de la Escritura, resuena en la filosofía moderna y se hace plegaria cuando el hombre habla con Dios (nuestro hombre Job de hoy que diría

(1) JACQUES MARITAIN, *Humanisme integral*. Aubier, Nouvelle édition, Paris 1947. p. 113.

*Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieran retenidos; ni prevenían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que libera y el error que reduce a esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la pacificadora y ennoblecedora doctrina del amor de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana, pobre y mudable: hablaban de progreso cuando retrocedían; de elevación cuando se degradaban; de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para sustituir la Ley de Cristo por algo que le iguale. (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 16).*

Quien quiera socorrer a las necesidades de los individuos y de los pueblos no puede poner la esperanza de salvación en un sistema impersonal de hombres y de cosas, por muy desarrollado que esté desde el punto de vista técnico. Todo plan o programa debe inspirarse en el principio de que el hombre, como sujeto, custodio y promotor de los valores humanos, está por encima de las cosas, por encima también de las aplicaciones del progreso técnico, y que es menester sobre todo, preservar de una malsana "despersonalización" las formas fundamentales del orden social, que acabamos de mencionar y utilizarlas para crear y desarrollar las relaciones humanas. Si las fuerzas sociales van dirigidas a esta meta, no sólo cumplirán una función natural suya, sino que contribuirán poderosamente a satisfacer las presentes necesidades, ya que a ellas toca la misión de promover la plena solidaridad recíproca de los hombres y de los pueblos. (PIO XII, Mensaje de Navidad, 1952).

Lippert, es decir, paciente, abandonado y sentado en la ceniza mientras rasca sus heridas con una teja).

I. Filosofando

Ambiente impersonal

La vida cotidiana —comenta un intérprete crítico de Heidegger— me obliga a plegarme a la dictadura del SE. Nada escapa a su dominio: preocupaciones, placeres, sentimientos, las mismas ideas, todo —al menos en el plano de la vida diaria— nos es impuesto sin resistencia sería posible" (1). Me han parecido estas palabras como una pintura esencial de nuestros tiempos. Con su paisaje nórdico, desvaído por falta de personalidad. Con su luz artificial y sus esquemas.

Los magníficos medios modernos han arrastrado consigo dificultades —todas las cosas humanas las tienen— y su novedad exige un esfuerzo explorativo que no está al alcance de cualquier fortuna. De hecho nunca como ahora está facilitado el hablar, pensar, vivir en impersonal. Es cómodo caminar con alegría sobre el hielo que cubre el continuo y verdadero fluir de nuestra existencia, pero nos privamos de la transparencia del agua y del reflejo de Dios.

Preferimos sin duda los climas acondicionados: radio, cine, televisión, revistas, prensa, deporte. Todos crean frutos típicos de invernadero y visten psicologías que conocen los médicos y clasifican los pedagogos en tests, tantos por ciento y gamas caracteriológicas. Además los viajes y el comercio internacional de todos los órdenes van igualando —nivelando diría de nuevo Heidegger (3)— la manera de ser y de reaccionar en los hombres.

Una vez más se repite la situación cómica de los pájaros tirando contra

(2) A. DE WAEHLENS: «La filosofía de M. Heidegger». Madrid 1945. p. 75.

(3) *Sein und Zeit*, 127.

(4) J. P. Sastre. La Nausée.

las escopetas, porque las circunstancias fabricadas por nuestro mundo, tan agradables, cómodas, progresivas, han lanzado la impersonalidad a un mercado barato. En todo momento y en todas partes se ofrece sin estraperlo y sobrecargas: aceptarla, comprarla y marcharse sin más.

El dilema masa o persona

Esto nos obliga a pensar. Habrá que buscar solución a este dilema impuesto ferozmente, aceptando, amando, encarnándonos en toda esta gran humanidad fraternal y maravillosa, pero eligiendo. Se hace apremiante tomar en peso el oro viejo de nuestra libertad, terrible potencia típica y vivir la aventura más guerrera. Es el momento de la tentación en que nos jugamos ser masa o persona —es posible que también, desde una perspectiva más alta, ángeles o demonios.

Dos caminos que como siempre, nos traen una duda al avistar la bifurcación. ¿Cuál será el criterio para escoger? Temo que la oscuridad nos espere como a Donissan —el santo de Bernanos— junto al terraplén, para confundir misteriosamente nuestra decisión. Para llegar a la personalidad (término) parece más seguro el egoísmo —al fin y al cabo soy yo el que quedo encima—; desagradable y sin cercanía el no-egoísmo. ¿Qué es ese no-egoísmo, donde empezamos por negar el propio Ego?

Dios Razón de mi existencia y objeto de mi elección

Ha llegado el momento de abrir los ojos al mar para sentirnos acompañados del agua inmensa que nos rodea. No estábamos solos en un Sahara como el Principito de Saint Exupéry caídos por casualidad de otro planeta donde vivíamos con un cordero y un baobab. A nuestro lado, en nuestro interior, intimo más que yo mismo, está Emmanuel, Dios-con-nosotros. El da sentido

a la existencia que creíamos absurda cuando repetíamos inconscientes: "La mar es verde; aquel punto blanco allá arriba es una gaviota, el jardín— la raíz..." y arranca del corazón ese vuelco que es la náusea.

Desde ahora el problema amplía sus márgenes. No se trata de un puro y simple escoger donde nadie me aconseja, nadie contesta a mis preguntas, de cara a la lejanía solitaria e imponente que debo atravesar. Cálidamente se ha rebullido mi corazón y he encontrado ahí a Dios. Asequible insospechadamente, dispuesto al diálogo y a establecer la amistad cuando se borran las presentaciones y EL es TU. Viene al descanso porque estábamos desorientados, inquietos, y viene con timidez la conversación, el trato, la explicación de la maraña humana. Todo esto tan complicado que se dice que somos—destinados a la muerte, seres absurdos, misterio, problema—tiene ya un valor dialéctico-cordial. Mi ser, comprendo, es algo vitalmente, tiernamente relativo. Y la mirada, la palabra, el latido, encuentran al otro extremo —mejor en las mismas cuerdas de esta lira mía que diría Platón— una música y una voz amable. Afirmarme yo, será totalizarme incluyendo a Dios. Negarme yo excluirle y volver al absurdo.

La libertad entonces se convierte en el poder espléndido de decirme sí o decirme no, aceptar mi existencia autenticada o vivir la mentira. Y mi existencia autenticada es esa incomunicable intimidad del yo —en sus esferas ontológicas y psíquicas— que habla su diálogo con Dios, razón y continua respuesta del ser.

II. Orando

Quizás debemos ponernos de rodillas y adorar la presencia divina, para decir con el ciego: "Creo, Señor". Sin embargo no está todo. Aún tenemos que elegir —con El, pero hay que hacerlo— y esperar, como en el Évangé-

lio, la persecución de los fariseos. Por eso junto con el reconocimiento, la plegaria.

Tentación: Idolatría.

Castigo: Egoísmo.

A dos pasos de nosotros —en lo alto del monte— Satanás ofrece los reinos, si cayendo le adoramos o nos adoramos: pecar de idolatría.

Es vertiginosa esa rueda brillante que hace girar y girar invitándonos, mientras cambia los colores y sobrepone espejismos de atardeceres y mediodías. Este reino y éste y éste. No cuesta más que el abandonarse, entregarse con ilusión *definitiva* a la vida, a gozar solitariamente de las cosas. Que quede en un rincón olvidado —cuando no le desterramos— el Huesped, mientras yo deseducadamente me preparo uno tras otro un brindis de bacanal. Dejar a Dios con la palabra en la boca y contestarme a mí, romper la luz, hacerla —al pie de la letra— añicos y luego *vivir tranquilo*.

Ha sido una ilusión cara caer en tierra ante mi sombra y adorar a mi egoísmo, porque no existe esa vida tranquila fuera de la zona de Dios.

Me he encontrado con la locura de mí mismo. Una locura de furor que me ha arrastrado, como en la tragedia griega, a correr por los bosques y destrozar a Penteo —querido rostro— en una caza nueva. La luz desenfocada, dañina, ha escogido, por egoísmo, el camino falso y nos hemos despeñado.

Actitud única

Hay que situarse en el punto de vista verdadero. Y no es otro que el del total contenido de mi yo. Desde él evitamos la candidez de la entrega sin más y nos libramos de la segura desilusión...

Al emprender el camino de la Personalidad es posible que el continuo luchar sobre arenas movedizas se nos haga cansado y aburrido. Pero la tensión de autenticidad que nos mantenga sedientos, es necesaria. Aldabonazo de la muerte lo llama Heidegger (5), aldabonazo de sentirnos con Dios lo podríamos llamar nosotros. Cuando su golpe caiga sobre el corazón, escuchar y luego... elegir.

Se habrá podido creer en grandes personalidades —ateos, pecadores, tantos radicalmente distantes— en realidad sólo fueron personajes, porque su *auténtico Yo* estaba disfrazado. Y allá al fondo de su ser había latente una gran tragedia. Maravillosos actores de escenario "sin autor", no hombres creadores de *drama* en su propia vida. Si en los hombres —según la profunda frase de Camus— "hay más cosas dignas de admiración que de desprecio" (6) en esos actores un poco deshumanizados echamos de menos la búsqueda urgente de una paternidad que se comprometa a firmar y presentar. Para emprender así la deliciosa aventura de ser Persona, transparencia eterna del mismo Dios.

(5) *Sein und Zeit* 250, 255, 262, 306.

(6) ALBERT CAMUS. *La Peste*. París, Gallimard 1947.